

cree en la belleza relativa. Lleva la licencia hasta el cinismo¹. Careció de sentido moral; su vida y su filosofía fueron de lo más vulgar, sin lirismo, sin ideal, sin entusiasmo. Los *Salones*, las *Novelas*, las *Pláticas*, la *Paradoja del Cómic*, el *Sueño de d'Alembert* y el *Sobrino de Rameau* son sus mejores obras.

No hay en ellas ningún plan, son como un río que corre sin cauce, pero ¡qué ardor! ¡qué imaginación! y ¡qué riqueza de estilo! ¡Qué abundancia de sensaciones y de reflejos de la naturaleza!

Puso lo mejor de su talento en el *Sobrino de Rameau*, retrato extraño, conmovedor (que parece cincelado á la vez por Saint-Simón y por Hofmann), de un abate fanático, músico de escaso valor, aventurero ansioso de goces, que sube y baja los grados de la escala social como una rana metida en un tarro:

Á veces Rameau parece flaco y descarnado como un tísico en cuarto grado. Sería fácil contar sus dientes á través de las mejillas; diríase que ha pasado varios días sin comer ó que acaba de salir de la Trapa. Al mes siguiente se le ve gordo y repleto, como si no se apartase de la mesa de un financiero ó como si hubiese estado encerrado en un convento de bernardinós. Hoy anda con la cabeza baja y como á sombra de tejado, con camisa sucia, calzónes rotos, cubierto de andrajós, casi sin zapatos. Dan ganas de llamarle para darle limosna; pero mañana lo veremos empolvado, rizado, calzado, bien vestido, andando con gran ostentación, hasta tal punto que se le tomaría casi por una persona decente; vive al día, triste ó alegre, según las circunstancias.

En el *Diálogo de un padre con sus hijos*, su propio padre discute el problema de la ley natural bajo la forma de un cuento patético.

Las Joyas Indiscretas señalaron el primer paso de sus reformas teatrales hacia la verdad:

¿ Se ha hablado jamás de la manera como declamamos? ¿ Andan acaso los hombres y los príncipes de otro modo que los demás hombres? ¿ Hablan las princesas lanzando agudos chillidos?

Diderot quiso reducir el teatro á la naturaleza, acabar con la tragedia, y hacer dramas reales y útiles para la moral,

¿ Qué nos importan, decía, á nosotros, franceses del siglo diez y ocho, las aventuras de Agamenón ó de Orestes? ¿ Qué hay de común entre ellos y nosotros? Lo que yo busco en el teatro son mis contemporáneos, mis seme-

1. « Así como *La Religiosa*, libelo repugnante y groserísimo contra las órdenes (dice Menéndez Pelayo) contiene alguna cosa que mereció ser purificada por el arte inmaculado de Manzoni en el episodio de la religiosa de Mouza, así del farrago declamatorio que acompaña, al *Hijo Natural* y al *Padre de Familia* supo extraer Lessing el oro de su *Dramaturgia*. »

jantes y no seres excepcionales, presa de pasiones que no puedo comprender ni compartir.

Previó y predijo las piezas de tesis, el teatro púlpito. Y sobre todo predicó la verosimilitud, el respeto y el cuidado en mantener á cada personaje dentro de su condición. Quiso poner en práctica las teorías de su Discurso acerca de la poesía dramática y escribió dos comedias morales bastante sosas el *Hijo Natural*, que fué representada una vez y el *Padre de familia*, que hizo derramar muchas lágrimas. En ella se mostró realista, conmovedor, elocuente, empleando notables cualidades en el diálogo y contribuyó de esta suerte, por su parte, á la gran revolución dramática que señaló en la historia del teatro la parte que correspondía al siglo diez y ocho.

Su correspondencia, voluminosa, es muy estimable, viva, pintoresca y llena de novedad, y sus cartas á la Sta. Voland, su amiga, memorias verdaderas y picantes, así como las dirigidas á la Sta. Jodin, á Voltaire, Rousseau, Buffon, Mad. de Epinay y, en general, á todos los nombres ilustres, por su ingenio y gusto, en aquella época.

Santiago el fatalista es un tejido de episodios interesantes, llenos de vida y de realismo, entre los que hay que distinguir la historia de Madama de la Pommeraye, una venganza de querida abandonada, que obliga á su amante á casarse con una mujerzuela.

Los dos amigos de Bourbonne es el cuadro encantador de una amistad verdadera, relato de contrabandistas, llenos de mutua abnegación.

En 1764 Grimm rogó á Diderot que escribiese los Salones en la Correspondencia literaria.

Era esto crear la crítica de arte que apenas existía.

El capítulo de la crítica artística de aquella época es bastante corto. Watelet había escrito algunos tratados; Sebastián Bourdon había estudiado la luz en las diferentes horas del día; Oudry había escrito acerca de los valores en arte, y Felibien había reunido las conferencias de la Academia de pintura. Los museos no existían. Se conocían y hasta se admiraban, pero sin escribir una palabra acerca de ellos, las obras de pintura que había en las iglesias; las colecciones privadas eran de difícil acceso. Diderot era muy ignorante en materia de historia del arte. Cita al azar y mezclándolos de un modo extraño los nombres de los pintores de otras épocas. No es más fuerte en cuanto á la técnica, pues nunca ha tocado á una paleta. Dramatiza lo que ve; habla de pintura como un literato y expresa la emoción, el sentimiento, la parte novelesca; necesita un asunto con personajes y se complace en imaginar y retratar á los mismos con sus penas y placeres. Tuvo ideas muy exactas y perfeccionó su educación frecuentando el trato de los

pintores, hablando con ellos acerca de las pinturas que traían entre manos y dándoles á veces sabios consejos¹.

He aquí mi regla de conducta: Me paro delante de un cuadro. Si la primera sensación que experimento va debilitándose poco á poco, lo dejo á un lado; si, por el contrario, cuanto más lo miro, más me cautiva no puedo separarme de él sin pesar, y si me siento atraído cuando me he separado de él, me quedo con él.

Inclinó poderosamente el arte hacia la verdad y sus consejos fueron buenos y útiles.

Id á los ventorrillos de las afueras, y allí veréis en toda su realidad al hombre colérico. Buscad escenas públicas; mostraos observadores en las calles, en los jardines, en los mercados y en las casas, y de este modo adquiriréis ideas exactas del verdadero movimiento que se observa en las acciones humanas. No hay que confundir una acción con una actitud. Toda actitud es falsa y pequeña; toda acción es hermosa y verdadera.

El artista debe pensar en el porvenir y en la posteridad:

Si yo hubiese dicho á Guído: « Por muchas cábalas que hagas, no podrás impedir que el Dominiquino sea conocido por lo que es »: ¿ por qué no hubiera podido responderme: « Entonces ya no viviré yo, y me importará un comino »?...

No hay un solo perverso que no hable de este modo, ni un hombre de bien que pueda escucharle sin horror. Nos encontramos siempre con el proverbio: *Después de mi el diluvio*, que sólo se ha hecho para almas pequeñas, mezquinas y personales.

El artista no debe ser interesado:

El artista necesita fuego sagrado, la antorcha de Prometeo, genio divino. Entonces, aun cuando echasen á sus pies sacos de oro, no sentiría la menor emoción, porque el oro no es su verdadera recompensa.

Ataca con mucha justicia al modelo de taller.

Todas estas acciones, fría y torpemente expresadas por un pobre diablo, que siempre es el mismo y á quien pagan para ir tres veces por semana á desnudarse y á servir de maniquí á un profesor ¿ qué tienen de común con las actitudes y actos de la naturaleza? ¿ Qué hay de común entre el hombre que saca agua del pozo de vuestro patio y el que, no teniendo que hacer

1. « El materialismo pictórico, la sensación intensa y brutal de la mancha de color, la orgía fisiológica de los ojos entró en el arte por medio de los *Salones* de Diderot de quien puede decirse que regaló á los franceses un nuevo sentido. » (*Hist. de las ideas estét.*, t. V, p. 98.) (N. del T.)

esfuerzos para sacarla, simula torpemente la misma acción con los dos brazos en alto, subido en el tablado del taller? ¿ Qué hay de común entre el luchador de escuela con el que lucha en las encrucijadas?

Con respecto al desnudo, á la escultura, al dibujo y á la composición, tiene páginas llenas de verdad, de delicadeza y muy bien pensadas. Sabía reprochar á Boucher el haber desconocido la naturaleza¹. Chardín y Greuze le encantaban por su aspecto de verdad. Si le faltó algo en materia de técnica, juzgó guiado por su sensibilidad, y ésta era tan delicada y tan impresionable, que hizo de él uno de nuestros mejores críticos de arte.

La escasez le obligó á vender sus libros. Catalina de Rusia se los compró, pero dejándole el uso y el usufructo. Diderot refiere este rasgo en una de sus cartas.

La dificultad de atender á las necesidades de la vida y la imposibilidad de atender á la educación de un hijo con una fortuna tan limitada como la mía determinaron al fin al padre y al esposo á despojar al literato de sus libros. Hacía largo tiempo que buscaba entre mis conciudadanos alguno que quisiese adquirirlos, cuando propusieron esta adquisición á la emperatriz de Rusia, que aceptó mi biblioteca é hizo que me pagasen su importe á condición de que siguiese yo siendo el depositario de la misma. Catalina, no contenta con dejarle sus libros, le señaló una pensión anual de 1.000 francos y le pagó cincuenta años adelantados.

Partió para ir á darle las gracias (1763). Luis XV habló una noche de este asunto en casa de la Dubarry.

— ¿ Qué va á hacer allá, dijo? No lo creía bastante rico para emprender semejante viaje. No lo hace con su dinero, respondió el príncipe de Soubise. Le paga los gastos Su Majestad la Emperatriz. — ¿ Qué pretende de él la Emperatriz? No me habéis hablado de esto, Sr. d'Aiguillon. — Señor, no he observado nada de diplomático en este viaje.

Luis XV continuó con aire descontento:

Diderot es el embajador de la pandilla de los filósofos que van á divertir al extranjero á costa mía; jamás ha puesto los pies en palacio y contará horrores de mi vida privada; hablará mal de mí cuando vea que tienen gusto en oírle.

El duque de Duras dijo que había que impedir á Diderot el ir á Rusia.

1. Para comprender la justicia de esta censura, fijese el lector, si tiene ocasión, en alguno de los dibujos en que haya representado un gato. Los gatos de Boucher tienen cara de cualquier cosa menos de gatos. (N. del T.)

La Vrillière estaba dispuesto á lanzar un auto de prisión : Luis XV le dijo :

— Guardaos muy bien de ello, pues me pondríaís á matar con la emperatriz ; puesto que ésta desea á Diderot, dejémosle que se vaya. Estos soberanos extranjeros tienen hoy la chifladura de buscar en Francia nuestros objetos de moda y á nuestros literatos ; en cuanto á los primeros, pase, pero en cuanto á los segundos !... Que vaya pues á Rusia, pero mientras yo viva, el tal Diderot no entrará en la Academia ; no quiero en ella más filósofos ateos ; bastantes hay ya.

Uno de sus amigos consignó los detalles de su partida :

La víspera de su partida fui á despedirme de él. Salió á mi encuentro, me llevó á su despacho, y con lágrimas en los ojos y con la voz ahogada por los sollozos, me dijo :

« Aquí tenéis á un hombre desesperado. Acabo de pasar por la escena más cruel que puede haber para un padre y para un esposo. Mi esposa... mi hija... ¡ oh ! ¡ cómo separarme de ellas después de haber sido testigo de su desgarradora pena ! Hallábame sentado á la mesa entre ambas ; no había ningún extraño como podéis suponer, pues quería consagrarles á ellas solas estos últimos momentos. ¡ Qué comida, qué espectáculo de desolación ! Jamás se verá nada igual en el interior del hogar doméstico. No podíamos ni hablar ni comer : la desesperación nos sofocaba. ¡ Oh amigo mío ! ¡ cuán dulce es el verse amado por seres tan cariñosos, pero cuán horrible es separarse de ellos ! No, no tendré ese abominable valor. ¿ Qué son los halagos de la grandeza junto á las expansiones de la naturaleza ? Me quedo, estoy resuelto á ello ; no abandonaré á mi esposa ni á mi hija, no seré su verdugo ; porque, amigo mío, os aseguro que mi partida les causaría la muerte ».

Diciendo esto el filósofo me inundaba con sus lágrimas, que empezaban á enternecerme, cuando vimos entrar á la Sra. Diderot, y cambió la escena por completo.

Paréceme que estoy viendo aún á aquella mujer extraordinaria, con su gorrito, su vestido de pliegues, su rostro burgués y su voz chillona, diciendo puesta en jarras :

— Vamos, vamos, Sr. Diderot, ¿ en qué pensáis ? ¿ en contar tonterías y os olvidáis de vuestros baúles ? Sin embargo, tenéis que salir muy temprano ; pero ¡ ya se ve ! estáis siempre ocupado en hacer frases, y los negocios salen como Dios quiere. Ahí tenéis la consecuencia de haberos ido á comer fuera, en lugar de estaros en casa. ¡ Nos habíais hecho tantas promesas ! Pero sois de todo el mundo excepto de nosotras. ¡ Oh, qué hombre ! ¡ qué hombre !

Este pequeño disgusto casero vino muy á propósito para apagar los fuegos artificiales que estaba preparando mi querido amigo y excitó en mí una hilaridad difícil de describir. Ignoro cómo acabaría la fiesta, pues me fui antes de esperar el trueno gordo.

Al día siguiente, supe sin asombro que el desdichado había salido de París con heroica resignación, y que su familia estaba mejor que nunca.

Tenia esto lugar en mayo de 1773. Llegó á San Petersburgo en octubre. Contaba con obtener una audiencia, dar las gracias y partir de nuevo. Sin embargo se estuvo seis meses. Todos los días tenía una larga conversación con la emperatriz. Por la noche redactaba sus notas y sus recuerdos. Catalina estaba encantada con él y con Grimm :

— Estaría hablando con ellos todo el día sin cansarme, decía. Sabía dar á la conversación un tono de elevada familiaridad. Tenían discusiones acaloradas y á veces la zarina terciaba con dulzura :

— Estáis demasiado acalorado para tener razón ; tenéis la cabeza muy viva y yo me exalto con facilidad ; cortemos la disputa, pues no sabríamos ya lo que diríamos.

— Con la única diferencia, replicó Diderot, de que vos podríais decir todo lo que os agradara sin inconveniente, y que yo me expondría á faltaros.

— ¡ Oh ! no digáis tal cosa, repuso la zarina. ¿ Acaso hay alguna diferencia entre los hombres ?

Diderot gesticulaba, golpeaba en la mesa y á veces hasta en los muslos imperiales.

Vuestro Diderot, escribió Catalina á la Sra. Geoffrin, es un hombre extraordinario ; jamás salgo de sus coloquios sin tener las piernas quebrantadas y llenas de cardenales ; me he visto obligada á poner entre él y yo una mesa para ponerme, á mí y á mis miembros al abrigo de sus manotadas.

— ¡ Qué amable figura de emperatriz, que sabe bajar del trono, que recibe y trata con afabilidad á un pobre autor como Diderot y que mantiene correspondencia con Madama Geoffrin, como una simple burguesa del barrio de Saint-Honoré ! Escuchó al reformador y le dió su aprobación, pero no cambió nada en su sistema de gobierno.

Si le hubiese dado crédito, decía, todo lo hubiera trastornado en mi imperio : administración, política, hacienda, á fin de poner en práctica sus teorías.

Se lo explicaba con gran prudencia y de una manera picante :

En vuestros planes de reformas os olvidáis de la diferencia que hay entre nuestras dos posiciones ; vos sólo trabajáis en el papel, que todo lo admite ; mientras que yo, pobre emperatriz, tengo por campo de experimento la piel humana, que es mucho más irritable y quisquillosa.

Diderot se dedicó durante su estancia á afirmar la alianza francorrusa. Sus calurosas defensas contribuyeron á este resultado que era un precedente feliz.

Había que partir. La emperatriz le dió su retrato y le confió á un guía encargado de pagar todos los gastos. Detúvose en Alemania, en Holanda, y llegó á París en octubre de 1774. Traíale á su esposa un hermoso abrigo de pieles y un manguito. Halláronle algo enflaquecido. El frío de Rusia había atacado sus pulmones. Púsose de nuevo á trabajar y todos los días, á eso de las cinco, iba á dar una vuelta por el Palais Royal ó al café. Como la tos se hacía más ronca, hubo que cambiar de aire y se fué á Sevres. En París habitaba en la esquina de la rue Taranne y la rue Saint-Benoît, en el cuarto piso; sus libros estaban en el quinto. Catalina, que sabía que estaba mal alojado, le ofreció un hermoso cuarto en la calle Richelieu.

En julio de 1784 empeoró su estado: fué á verle un sacerdote al que recibió con afabilidad. El 30 de julio se levantó, almorzó, aunque poco, con su esposa, su hija y su yerno; lanzó un suspiro é inclinó la cabeza: había muerto. Fué enterrado en la capilla de la Virgen, en San Roque, y allí está todavía.

Dejaba una reputación brillante si no sólida. Fué la encarnación de su época y ocupa uno de los primeros puestos entre los que transformaron la sociedad y echaron las bases de la nuestra. Perteneció al número de los que han emancipado el espíritu, proclamado la libertad y arruinado la intolerancia, de los que excitaron el odio al fanatismo, el horror á la esclavitud y á los privilegios, la estima del trabajo, el respeto de la vida, la fe en la perfeccionabilidad humana y en el progreso, el reconocimiento en los ciudadanos y los pueblos del derecho á gobernarse, el entusiasmo por las ideas, el gusto de lo bello, la estima de la dignidad personal, el ingenio, la gracia, la bondad y la fraternidad¹.

Algunos enciclopedistas merecen capítulo aparte, en particular d'Alembert (1717-1783).

El 17 de noviembre de 1717, en las gradas del baptisterio de Nuestra Señora de París, hacía oír sus vagidos un niño abandonado y envuelto en pañales. El agente de policía le puso en ama en Cremery. La madre, Sra. de Tencin, canonesa, no deseó más que una cosa y es que el niño, fruto de su desliz, no diese que hablar de sí. Precisamente resultó todo lo contrario: este hijo era d'Alembert. El padre, un general de artillería, no le perdió nunca de vista. La nodriza, Sra. Rousseau, se mostró llena

1. Las obras de Diderot, sobre todo sus novelas, han sido traducidas varias veces en España, donde era popular su nombre. En *Los Ermitos á la violeta*, tantas veces citadas, dice un personaje: « Yo he estado en Francia... he visto una vez á Diderot, dos á Alembert, tres á Marmontel... »

(N. del T.)

de abnegación. El niño Juan, — tal era su nombre de bautismo, su apellido fué Le Rond, — se hizo notar durante sus estudios por la vivacidad de su inteligencia. La Sra. Suard nos dejó un relato exacto y muy conocido, que debemos reproducir aquí:

El Sr. d'Alembert me ha dicho que, al llegar á manos de su nodriza, tenía la cabeza no más grande que una manzana ordinaria y las manos como husos, terminadas por dedos que parecían agujas.

Su padre lo llevó muy abrigado en su carroza y recorrió todo París para encontrarle una nodriza, pero ninguna quería encargarse de un niño que parecía estar á punto de expirar. Al fin llegó á casa de la excelente Sra. Rousseau, que, compadeciéndose al ver á aquel niño, consintió en encargarse de él y prometió al padre que haría cuanto de ella dependiera para conservarle; lo consiguió á fuerza de cuidados, y los que conocieron á d'Alembert fueron testigos del cariño que conservaba á aquella excelente mujer que había sido para él una verdadera madre. Permaneció á su lado hasta la edad de cincuenta años y cuando se fué á vivir con la Sta. de l'Espinasse, iba sin cesar á buscar á su querida nodriza, á consolarla en sus penas, á hacer caricias á sus netezuelos y la dejaba satisfecha de tener tal hijo.

Su padre le veía con frecuencia y, según me dijo d'Alembert, se divertía mucho con sus gracias y con sus respuestas que, desde la edad de cinco años, anunciaban una inteligencia poco común; en el colegio encantaba á su maestro.

Cierto día el Sr. Destouches, que hablaba sin cesar de esto á la Sra. de Tencin, obtuvo de ella que le acompañaría al colegio donde le había colocado, y las caricias y las preguntas que dirigió á su hijo, dieron lugar á multitud de respuestas que le divertieron é interesaron. « Confesad, señora, dijo el Sr. Destouches á la Sra. de Tencin, que hubiera sido una lástima que quedase abandonado este amable niño ».

D'Alembert, que entonces tenía siete años, se acordaba perfectamente de esta visita, y de la respuesta de la Sra. de Tencin, que se levantó al momento diciendo: « Vámonos, porque veo que no me sienta bien permanecer aquí ».

El Sr. Destouches, al morir, recomendó al niño á su familia, que jamás le perdió de vista.

Cuando yo conocí á d'Alembert, añade la Sra. Suard, iba aún á comer á casa de los sobrinos de su padre una vez por semana, y era siempre recibido con tantas consideraciones como estima y amistad.

Cuando adquirí más confianza con él me creí autorizada á preguntarle si era cierto que la Sra. de Tencin le había enviado á decir por medio de un amigo, una vez que él gozaba ya de gran popularidad, que se alegraría mucho de verle: « Jamás me envié á decir nada de eso. — Sin embargo os atribuyen, con esta ocasión, una respuesta muy altiva dada á una madre que no había dado señales de vida hasta el tiempo de vuestra celebridad; y he oído á muchas personas aplaudir vuestra negativa como nacida del más justo resentimiento. — ¡Oh! me contestó, jamás me hubiera negado á las caricias de una madre que me hubiera llamado; hubiera sido demasiado agradable para mí el recobrarla. »

Cuando murió la Sra. de Tencin dejó todos sus bienes á Astuc su médico. Se aseguró que éste no era más que un fideicomisario y que los bienes debían pasar á d'Alembert; pero éste jamás recibió nada; decía que ella quería

mucho á Astuc, pero en cuanto á su persona, jamás le había preocupado ni en vida ni en muerte.

La familia quería que se llamase d'Alembert, pero él preferió el nombre Le Rond. Á los 21 años escogió el de d'Alembert, por una concesión. Se hizo abogado, leyó libros jansenistas y se inclinó instintivamente hacia las matemáticas, de las que debía decir más tarde :

— Han sido para mí una querida.

Dirigió comunicaciones á la Academia de Ciencias que le dió las gracias y le nombró miembro adjunto á los veinticuatro años. Llegó á ser individuo de número en 1763. Su tratado de dinámica le había colocado desde 1743 entre los primeros geómetras de Europa. La Academia de Berlín le concedió un premio en 1746. Los vientos, la mecánica celeste, las cuerdas vibrantes y otros asuntos le dieron motivo para otros tantos triunfos científicos. Su correspondencia con La Grange es notable. Sin embargo, escribía mal hablando de las ciencias. Las sabía muy bien y las explicaba medianamente, al revés de Diderot, que las explicaba brillantemente y no las sabía. Gilbert definió á d'Alembert : un escritor que se cree un grande hombre y que ha hecho un prefacio. Se trata del famoso prefacio á la *Enciclopedia* ó sea del *Discurso acerca de los Progresos del Espíritu Humano*.

En él expuso con vigorosa nitidez el orden en que han nacido las diferentes partes del saber, y después trazó el cuadro histórico del progreso desde el Renacimiento. En la primera parte, sólo se trata de hipótesis á las que él mismo no da mucho crédito, y no podía ser de otro modo. Más tarde decía :

« Cuando me engolfo en mis reflexiones acerca de este asunto, cosa que me sucede siempre que pienso en él, me dan tentaciones de creer que todo lo que vemos no es más que un fenómeno que, fuera de nosotros, en nada se parece á lo que nos imaginamos y vuelvo siempre á la pregunta del rey indio : « ¿ Por qué existe algo ? » Esto equivalía á anticiparse á Kant planteando el problema del yo y del no yo.

La parte mejor del *discurso* es el cuadro de la marcha del espíritu humano desde el Renacimiento. Está lleno de robustos pensamientos y su estilo es muy hermoso.

Las obras maestras que nos habían dejado los antiguos en casi todos los géneros, habían caído en el olvido durante doce siglos. Los principios de las artes y de las ciencias se habían perdido, porque lo bello y lo verdadero que parecen mostrarse á los hombres por todas partes, no les llaman la atención si no se hallan sobre aviso. No significa esto que aquellos desdichados tiempos hayan sido más estériles que otros en genios raros. La naturaleza es siempre la misma, pero ¿ qué podían hacer aquellos grandes hombres dispersos acá y acullá, como lo están

siempre, ocupados en objetos diferentes y abandonados sin cultura á su propias luces ?

« Las ideas que se adquieren con la cultura y la sociedad son el germen de casi todos los descubrimientos.

« Es un aire que se respira sin cesar sin pensar en ello y al que debemos la vida ; los hombres de que hablamos se veían privados de semejante auxilio ».

Sus juicios literarios son muy discutibles. No comprendió á Ronsard y olvidó á Marot ; pero escribió acerca de Malherbe una página elocuente. Hace justicia á los sabios ingleses y jamás mostró mejor el vigor y la profundidad de su pensamiento. Colaboró con abundancia en la *Enciclopedia*. Su artículo acerca de Ginebra en el que se lamenta de que dicha ciudad proscriba el teatro, causó gran escándalo. En él decía :

« No se tolera en Ginebra la comedia, no quiere decir esto que allí se desapruében los espectáculos en sí mismos, sino que, según dicen, temen la afición al lujo y la disipación y el libertinaje que las compañías de cómicos siembran entre la juventud. Sin embargo ¿ no habría medio de remediar este inconveniente mediante leyes severas y bien observadas acerca de la conducta de los cómicos ? Por este medio, tendría Ginebra espectáculos y buenas costumbres y gozaría de ambas ventajas ; las representaciones teatrales formarían el gusto de los ciudadanos, y les darían una delicadeza de tacto y de sentimientos difícil de adquirir sin esas lecciones.

« La literatura sacaría provecho de ello sin que hiciese progresos el libertinaje. Ginebra reuniría á la sabiduría de Lacedemonia la cortesía de Atenas. »

Rousseau respondió en estilo patético, en su *Carta á d'Alembert*, que es un libro ; esto dió lugar á una gran contienda. Las dificultades que creaba el gobierno á los editores de la *Enciclopedia* le hicieron cansarse de la empresa, retiróse en 1759 y dejó á Diderot que terminase por sí solo el monumento.

Después del *Prefacio*, se hizo célebre y se le abrieron los salones. Asistió al del presidente Hénault y al de la Sra. du Deffand, y se conquistó las simpatías de Voltaire, de Montesquieu y del conde des Alleurs. Aparentó no pensar en la Academia francesa ni querer hacer nada para entrar en ella.

— « Seré Académico si me meten en la Academia ».

Sus amigos, y sobre todo la Sra. du Deffand « le metieron en ella » no sin trabajo.

Había que reemplazar á Surian, obispo de Vence. D'Alembert tenía dos competidores, el Sr. de Boismont, ignorado autor de un panegírico de San Luis, presentado por la duquesa de Chaulnes, y el ilustre Trublet. Éste tuvo tres votos, Boismont nueve y d'Alembert catorce. ¿ Que